2037

LUIS DE OLIVE Y LAFUENTE

CENA DE DESPEDIDA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ARTURO SNITZLER

ADAPTADA DEL ALEMÁN Y

estrenada con gran éxito en el TEATRO DE LA PRINCESA
la noche del 15 de Marzo de 1906

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12
1906

CENA DE DESPEDIDA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los Comisionados y Representantes de la SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CENA DE DESPEDIDA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ARTURO SNITZLER

ADAPTADA DEL ALEMÁN POR

LUIS DE OLIVE

Estrenada con gran éxito en el TEATRO DE LA PRINCESA la noche del 15 de Marzo de 1906

MADRID
IMPRENTA DE J. ESPINOSA Y A. LAMAS
Augusto Figueroa, 4
1906

A Mlle. Conception Oria

Charmante créatrice en Espagne du rôle de Anny, se font un plaisir de lui dédier "Souper d'adieu comme preuve de sincère amitié ses réconnaissants,

Luis de Olive.

Arthur Snitzler.

PERSONAJES

ANITA.....	Srta. Oria.
FERNANDO.....	Sr. Comes.
MÁXIMO.....	» López Alonso
PEPE.....	» Leyva.

Derecha é izquierda del actor.

ACTO ÚNICO

Gabinete de un restaurant elegante, puerta al foro. A la izquierda chimenea con espejo, candelabros y reloj. A la derecha puerta que se supone da á otro cuarto. Mesa en el centro con servicio para tres personas, á su alrededor sillas de cuero. A los lados de la chimenea dos butacas. Al foro izquierda un trinchero donde habrá platos, botellas de Champagne, cubiertos, etc. En el rincón derecha. una chaise longue. Al lado derecho de la puerta un perchero portátil. En las paredes cuadros. Colgada sobre la mesa una lámpara eléctrica, con un timbre eléctrico. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

CAMARERO, correctamente vestido de frac, entra al levantarse el telón llevando un centro de mesa adornado con una corbeille de flores.

CAMARERO. Creo que será esto lo que desea el señorito Fernando, flores buenas y abundantes (Deja en la mesa el centro) Es todo lo que han dado por cinco duros; como buenas deben serlo, como abundantes, no son muy abundantes. Bien dicen que de lo bueno poco (Recoge servilletas del trinchero y las pone de diversas formas en los platos.) Lo que me choca es que haya encargado tres cubiertos. ¿Se atreverá con dos? ¿Y si son dos y una, qué papel va á hacer el otro? En fin, veremos. No sé á qué me asusto porque he visto tanto, tanto...

ESCENA II.

CAMARERO Y FERNANDO

FERNANDO. (De frac, entrando.) Hola, Pepe.

CAMARERO. Muy buenas noches señorito Fernando. (Ayuda á quitarle el abrigo y el sombrero que coloca en el perchero.)

672442

FERNANDO. ¿Está todo tal y como lo encargué?

CAMARERO. Creo que sí, señorito.

FERNANDO. Bien.

CAMARERO. Ahora mismo acaban de traer las flores para que estén más frescas.

FERNANDO. Perfectamente. ¿Y los vinos?

CAMARERO. (Acompañándole al trinchero.) Tres botellas de Burdeos del 70, y tres de Champagne de la viuda Cliquot.

FERNANDO. ¿Y la cena?

CAMARERO. (Enseñándole el menú, que examina.) Dispuesta para servirse en cuanto el señorito disponga.

FERNANDO. Así me gusta. Si viene un caballero preguntando por mí, le haces pasar.

CAMARERO. Está bien. ¿Desea usted algo más?

FERNANDO. No, nada. (Sale el camarero.)

ESCENA III

FERNANDO.

FERNANDO. Creo que no falta nada. Sus platos predilectos. Ostras de Ostende. Filetes á la Royale. Salmón salsa rusa. Burdeos, Champagne. Nada. ¿Y la colocación? (Se coloca en la silla del foro, é indica la de la izquierda.) Anita aquí. Yo á su lado y Máximo (Por la derecha) aquí. No, no; mejor será que Máximo se coloque en ésta para estar yo enfrente, para poder leer en la cara de Anita el efecto que la producen mis palabras. Eso es. Además ¿no viene Máximo como mediador? pues su puesto es este entre los dos. (Se oye en el cuarto de la derecha el vals de los amores que dura hasta después de entrar Máximo. Fernando canta á media voz mientras pasea.) ¡El vals de los amores! ¡La última creación de Anita! ¡Qué soñador es, qué cadencia, qué voluptuosidad! Verdaderamente es un vals amoroso. (Sigue cantando.)

ESCENA IV

FERNANDO, CAMARERO *y* MÁXIMO.

CAMARERO. (Dando un golpecito en la puerta.) Señorito.

FERNANDO. Adelante.

CAMARERO. (Abre y deja pasar á Máximo, á quien quita y cuelga en el perchero el abrigo, bastón y sombrero.)

MÁXIMO. Muy buenas noches querido.

FERNANDO. Gracias á Dios, temí que no vinieras.

MÁXIMO. ¿Habiéndome llamado?

FERNANDO. (Al camarero que sale.) Cuando venga la señorita que pase al momento.

CAMARERO. Sí, señor. (Pues no lo entiendo.) (Sale).

ESCENA V

FERNANDO *y* MÁXIMO.

MÁXIMO. (Quitándose los guantes y cantando el vals. Fernando sigue paseándose sin verle y cantando siempre hasta que Máximo se pone ante él.) Preocupado estás.

FERNANDO. Este vals me ha sugestionado.

MÁXIMO. ¿El vals ó la que lo baila?

FERNANDO. Su música. ¡Mira que es bonito! ¡Qué compás! (Pausa.)

MÁXIMO. Verdaderamente. El vals de los amores es de lo mejor que se ha escrito; para apreciarlo bien hace falta escucharlo al lado de una mujer hermosa y acompañarlo con besos. (Fernando continúa escuchando el vals.) Bueno, ya estoy aquí, ahora me dirás qué te ocurre.

FERNANDO. (Ofreciéndole un cigarrillo.) Siéntate y lo sabrás.

MÁXIMO. Misterioso estás, querido. Y te confieso que tu carta ha excitado mi curiosidad en alto grado. «Si quieres hacerme un favor, un verdadero favor, uno de esos favores que se agradecen toda la vida, acude á las diez de hoy al Restaurant Royal. Tuyo, Fernando.» (Cesa el vals.)

FERNANDO. Eso es. Y créeme que te lo agradezco en el alma. (Se sientan en las butacas.) Se trata de Anita.

MÁXIMO. ¿De Anita? ¿Y va á venir?

FERNANDO. Como de costumbre; por más que es tarde. (Saca el reloj.) Las diez.

MÁXIMO. Es temprano para ella.

FERNANDO. Debe haber terminado ya; el baile en que toma parte lo daban esta noche á primera hora.

MÁXIMO. Piensa que ha tenido que despojarse de las mallas y gasas para ponerse el traje de calle.

FERNANDO. Si no ha venido dentro de un rato iré á buscarla.

MÁXIMO. La mimas demasiado.

FERNANDO. ¡Mimarla! Si tú supieras.....

MÁXIMO. Sí, ya sé, ya sé que la tratas bruscamente, según tu genio; pero piensa que la brusquedad y aun la brutalidad para esa gente es una especie de mimo.

FERNANDO. No es eso lo que te quería decir.

MÁXIMO. Pues dilo si quieres.

FERNANDO. Los momentos actuales son muy solemnes para mí, querido Máximo.

MÁXIMO. ¿Te quieres formalizar con ella?

FERNANDO. Mucho más solemne.

MÁXIMO. (Levantándose.) ¿Casarte quizás?

FERNANDO. (Con tristeza.) No lo tomes á broma. ¿No comprendes que mi alma está llena de júbilo? ¿Que mis sentimientos son regocijados y puros, causándome un daño profundo las nimiedades que puedan venir á turbarlos?

MÁXIMO. ¿Has descubierto en Anita algún rincón desconocido, tierno y sentimental, ignorado de todos, aun de ella? ¿Qué digo? De ella sobre todo.

FERNANDO. (Levantándose.) Adivinas muy mal. No, no es eso. Vengo á celebrar esta noche nuestra separación.

MÁXIMO. ¿Habéis regañado?

FERNANDO. No, pero nos separamos. Esta es la cena de despedida.

MÁXIMO. Muy bien. ¿Y me quieres explicar qué papel vengo yo á hacer á esta cena?

FERNANDO. Te he escogido para que cierres los ojos al cadáver de nuestro amor.

MÁXIMO. Por Dios, te ruego no hagas comparaciones inconvenientes.

FERNANDO. (Preocupado.) Desde hace ocho días estoy retrasando esta explicación.

MÁXIMO. Así tendrás más apetito.

FERNANDO. (Hace ademán de súplica.) Cenamos juntos todas las noches; pero quiero decir que desde hace ocho días no he encontrado el modo de romper, no me he atrevido, me asustaba el momento. No te puedes imaginar lo nervioso que me pone la idea de la separación.

MÁXIMO. Lo supongo. ¿Pero yo qué vengo á hacer aquí? ¿Me has elegido para darte ánimo en el momento supremo?

FERNANDO. No; tú estarás aquí para las eventualidades. Quería tenerte á mi lado como mi mejor amigo, para ayudarme, para dulcificar, para calmar, para hacer comprender.....

MÁXIMO. Bueno..... ¿Y crees que habrá ocasión de hacer todo eso?

FERNANDO. La conozco....., la habrá.

MÁXIMO. ¿Pero y cómo has llegado á este extremo? ¿Te ha hecho algo?

FERNANDO. No, pero me fastidia.

MÁXIMO. ¡Ah!, vamos. Cuando ésta te fastidia, es que te divierte otra.

FERNANDO. Sí.

MÁXIMO. Hola, hola.

FERNANDO. ¡Y qué otra.....!

MÁXIMO. ¿Es buena, eh? ¿Qué tipo?

FERNANDO. Ninguno, una cosa nueva, única, ideal.

MÁXIMO. Sí, fabricación exclusiva. El tipo ya le conocerás al final.

FERNANDO. Figúrate una niña rubia, de talle flexible, de andar ondulante.

Máximo. Me la figuro; rubia, ojos azul de cielo, en los cuales te miras como en el más puro espejo, de andar ligero, esbelta como las palmeras del desierto mecidas por dulce y lejana brisa.

FERNANDO. Sin saber por qué me recuerda al andar los

amorosos y lentos valses vieneses: serenos, sentimentales, melancólicos. Es graciosa, sonriente, pero con una sonrisa que parece desprenderse de todo su cuerpo. Tiene una cabecita pequeña, delicada, rodeada de cabellos de oro y unos ojos imposibles de describir. Estando á su lado se siente un bienestar agradable que emana su presencia, se recobra la alegría, se siente uno bueno. Si la regalo violetas, las recibe, me mira con indecible expresión y dos hermosas lágrimas se desprenden de sus ojos.

MÁXIMO. Ah, ¿llora? ¿Has probado con una pulsera?

FERNANDO. No, Máximo, no. En este caso es imposible; la ajaría. Te equivocas. No es de esas.

MÁXIMO. ¿La has traído á cenar aquí?

FERNANDO. (Sonriendo). ¿Aquí? No. No vendría.

MÁXIMO. Haz la prueba.

FERNANDO. ¿Ella aquí? nunca, me recordaría á Anita. Con ella voy á los restaurants modestos, donde acuden los empleados subalternos, y allí cenamos en su honrada compañía todas estas noches.

MÁXIMO. ¿Pero no acabas de decirme que has venido aquí con Anita?

FERNANDO. En efecto. Es que esta última semana he tenido que cenar dos veces. A las ocho, con la una, á quien quería conquistar, y á las once con la otra, á quien quería despedir. Hasta ahora, ni lo uno ni lo otro he conseguido.

MÁXIMO. Se me ocurre una idea. Para lograr las dos cosas lleva á Anita al modesto restaurant y trae á éste á la nueva, á la niña de cabeza chiquita y cabellos de oro.

FERNANDO. No la conoces y no te la figuras. Es la modestia misma, un ángel. No te puedes imaginar el trabajo que me cuesta hacerla aceptar un vino mejor que el que sirven con el cubierto.

MÁXIMO. Me lo figuro. Dos hermosas lágrimas se desprenderán de sus ojos.

FERNANDO. No te burles.

MÁXIMO. ¿De manera, que en estos últimos días bebes peleón?

FERNANDO. A las ocho sí, más tarde champagne. Así es la vida.....

MÁXIMO. Perdona, pero la vida no es así.

FERNANDO. Figúrate el contraste; á la una, tedio, cansancio, aburrimiento; á la otra, amor, verdadero amor, veneración casi. Me encuentro en una de esas situaciones en que escudriñando el fondo de mí mismo, me convenzo de que soy una naturaleza honrada.

MÁXIMO. (Con ironía). Completamente honrada.

FERNANDO. Ya no puedo seguir así más tiempo. Estoy jugando con dos barajas, y cuando lo pienso, pierdo toda estimación de mí mismo.

MÁXIMO. ¡Tú! ¿Y me lo cuentas á mí? Mira, chico, no me vengas con comedias.

FERNANDO. ¿Por qué? Te lo juro, yo no puedo fingir amor cuando el amor lo siento por otra.

MÁXIMO. Tu no finges más que cuando sientes algo.

FERNANDO. Y ha llegado el momento de arrojar la máscara. Cuando conocí á Anita, al poco tiempo de tratarla, cuando nos juramos amor eterno la dije: «Si algún día, cualquiera de los dos se cansa de este amor, te exijo, y nos lo prometimos mutuamente, confesárnoslo uno á otro con franqueza.»

MÁXIMO. ¿En el momento de juraros amor eterno convinistéis eso? No está mal.

FERNANDO. Y varias veces se lo he repetido. Al querernos no hemos contraído el menor compromiso, somos libres, cuando el amor vaya acabándose nos separaremos tranquilamente sin escenas difíciles, pero sin mentiras, las aborrezco.

MÁXIMO. ¿Y qué mentira mayor que vuestro cariño?

FERNANDO. Por eso esta noche cuando venga estoy decidido.

MÁXIMO. Pues me parece que esta noche no va á ser muy difícil el rompimiento.

FERNANDO. ¿No va á ser difícil? Eso crees. Ahora que quiero

decirlo no me atrevo y además, la conozco, se enfadará, llorará, aunque no sea más que de rabia y si llora soy capaz de enamorarme de nuevo y de engañar á la otra.

MÁXIMO. Pero sin mentiras, las aborreces.

FERNANDO. Por eso he querido que estuvieras á mi lado. Acompañándonos, la situación será menos violenta. De tí se desprende un ambiente de serenidad fría y sana, en la cual se helará la sentimentalidad de la despedida. Delante de tí por pudor no llora.

MÁXIMO. (Levantándose). Perfectamente, pues aquí me tienes para las eventualidades como decías. Pero no me pidas más, esto es todo lo que puedo hacer por tí. Persuadirla, no, eso no, sería contra mi convicción. Vales demasiado.

FERNANDO. Pues mira Máximo, hasta cierto punto podías hacerlo. Podías decirla con diplomacia que al fin y al cabo al perderme no pierde tanto.

MÁXIMO. Sí que se la podía decir eso.

FERNANDO. Que encontrará otros mil mejores tipos, más ricos...

MÁXIMO. Más inteligentes.

FERNANDO. ¿Siempre de broma?

ESCENA VI

DICHOS, CAMARERO *y* ANITA.

CAMARERO. (Abre la puerta, dejando pasar á Anita que viene cubierta con una salida de teatro lujosa, boa al cuello, guantes y cubre su cabeza con un sombrero estrepitoso que hace juego con la salida.) La señora.

ANITA. Buenas noches.

FERNANDO. (Yendo á ella.) Buenas noches. Dispensa que no...

ANITA. Se puede confiar en tu palabra. (Máximo la quita la salida de teatro y la cuelga, quedando Anita en traje espléndido.) Primero me tienes esperando lo menos cinco minutos, y ya decidida á salir, miro á todos lados y como no parecías por ninguna parte.....

FERNANDO. Afortunadamente es cerca de aquí.

ANITA. Se tiene palabra. (Se quita el sombrero, y al volverse lo coge Máximo y lo cuelga.) Hola, Máximo, buenas noches.

MÁXIMO. Para servir á usted, Anita.

ANITA. (A Fernando.) ¿Qué haces que no mandas servir? Tengo verdadera hambre.

FERNANDO. ¿Pero qué vestido te has puesto?

ANITA. El que tenía más á mano, no me he fijado.

FERNANDO. Pero, por Dios, es el peor que tienes.

ANITA. (Cogiendo una barra de Viena y comiendo.) Si me hubieras avisado habría venido de gran gala; como no sabía que tuvieras invitado, he venido en traje de faena. Perdona.

FERNANDO. El perdón debes pedírselo á Máximo, para mí está bién.

ANITA. Máximo es de confianza, y, sobre todo, no se fija en eso. ¿Verdad Máximo?

MÁXIMO. De todos modos me parece usted encantadora.

ANITA. (A Fernando.) ¿Lo ves? (A Máximo.) Le he interrogado á usted en esa forma para que me contestara, como lo ha hecho. Muchas gracias. Y ahora á comer, á comer. (De pie, coge una raja de salchichón y la come.)

FERNANDO. (Llama al timbre.) Al momento.

CAMARERO. (Llamando á la puerta.) ¿Se puede?

ANITA. Es curioso; esta noche que somos tres llama, y las pasadas entraba sin llamar. Pasa, querido, pasa. (Entra el camarero.)

FERNANDO. Puedes servir. (Sale el camarero.)

ANITA. (Se sienta y los otros también.) Por lo visto no has estado hoy en el teatro.

FERNANDO. No, tenía que...

ANITA. No has perdido nada. Era una de esas noches soporíferas.

MÁXIMO. ¿Qué daban?

ANITA. No lo se. Llegué á mi cuarto, me vestí, cuando llamaron salí, bailé mi parte, repetí tres números á ruegos del público burgués y benévolo que llenaba la sala, y cuando concluí me desnu-

dé y aquí estoy. El ejercicio me ha abierto el apetito. (Sigue comiendo con voracidad de los entremeses.) (Pausa.) A propósito, tengo (A Fernando) que decirte una cosa.

FERNANDO. ¿A propósito de qué?

ANITA. (Mirándole.) Bueno, á propósito de nada, pero tengo que decirte una cosa.

FERNANDO. ¿Importante?

ANITA. (Vacilando.) Sí... sí, bastante. Quizá te sorprenderá.

MÁXIMO. Si estorbo, saldré á comer fuera.

ANITA. ¡Oh! No, usted es un hombre ante quien puede decirse todo.

MÁXIMO. Tantas gracias. (El camarero sirve.)

FERNANDO. ¿Sabes que has excitado mi curiosidad? Yo también...

ANITA. Espérate. (Lo hace señas de que no debe oirlo el camarero.)

FERNANDO. (Al camarero). Te puedes marchar, ya llamaremos. (Sale el Camarero). Vamos, tu dirás.

ANITA. Quizás te sorprenda... y después de todo ¿por qué ha de sorprenderte?

MÁXIMO. (Comiendo). ¿La han aumentado á usted el sueldo?

FERNANDO. Come, no la interrumpas.

ANITA. (Poniéndose más ostras). Oye Fernando, tú que entiendes de esto: ¿estas ostras son de Ostende ó de Witsed?

FERNANDO. (Impaciente.) De Ostende, mujer.

MÁXIMO. (Comiendo). Son exquisitas.

ANITA. Me lo figuraba; adoro las ostras, me gustan más que todo. Yo creo que es lo único que se puede comer á diario sin cansarse.

MÁXIMO. ¿Que se puede? Que se debe comer, querrá usted decir. Desgraciadamente las ostras no se pueden comer todos los días. Fernando ¿quiéres hacer el favor de acercarme la fuente?

ANITA. (Dándosela). Tiene usted razón.

FERNANDO. (Nervioso). Según has dicho, tenías que comunicarme algo importante.

ANITA. ¡Ah! sí es verdad. Importante, mejor diré, muy

importante..... ¿Recuerdas cierta conversación que tuvimos á poco de conocernos?

FERNANDO. ¿Una conversación....? ¿Cómo quieres que sepa á qué conversación te refieres?

MÁXIMO. Tiene razón Fernando. Precise usted algo más. ¿Cómo va á acordarse?

ANITA Precisaré. Es más, te citaré tus mismas palabras. Espera un momento. (Pausa). «Anita, mi querida Anita, me digiste, no nos engañaremos nunca, que no empañe nuestro amor la mentira, la aborrezco.»

FERNANDO. Bien, ¿y qué?

ANITA. «Nada de engaños en nuestras relaciones; como no hemos contraído el menor compromiso, cuando el amor vaya acabándose nos separaremos tranquilamente, sin escenas difíciles.»

FERNANDO. (Asustado). ¿Pero que quieres decir?

ANITA. (Tranquilamente). Que ha llegado el momento de recordarte nuestro trato y he elegido este momento; te lo digo con el tiempo preciso, pues mañana tal vez fuera demasiado tarde.

FERNANDO. Pero muchacha ¿te has vuelto loca?

MÁXIMO. (Comiendo). Vamos á ver, vamos á ver ¿qué es ello? ¿de que se trata? (Fernando deja de comer y se sienta de medio lado en la silla).

ANITA. (Cariñosa.) Mira Fernando, come las ostras porque si no, no digo nada, absolutamente nada...

MÁXIMO. Sí hombre, come.

FERNANDO. Que he de comer.

ANITA. Sí hijo, sí, come las ostras.

FERNANDO. Déjate de tonterías y habla claro. No entiendo estos geroglíficos.

ANITA. ¿No convinimos que si alguna vez llegaba el caso de despedirnos nos despediríamos en santa paz? Pues hoy ha llegado el caso.

FERNANDO. Lo cual quiere decir?...

ANITA. Lo cual quiere decir que muy á mi pesar, te lo juro, es hoy la última noche que ceno contigo.

FERNANDO. (Nervioso.) Supongo que tendrás la bondad de explicarte.

ANITA. Si te pones tan excitado hemos concluído.

MÁXIMO. (Comiendo.) Tiene razón Anita. No te excites Fernando, no te excites.

FERNANDO. (Conteniéndose.) Explícate, haz el favor.

MÁXIMO. ¡Esto es magnífico!

ANITA. ¿Qué hay de magnífico en ello, quiere usted decirme? y sobre todo magnífico ó no, así es.

FERNANDO. Te ruego que te expliques, pues no he comprendido lo que quieres decir. ¿Es que te casas?

ANITA. Si fuera así no veo la necesidad de licenciarte.

FERNANDO. (Colérico.) ¡Licenciarme!

ANITA. Sí, alguna vez había de decírtelo, licenciarte, esa es la palabra. Estoy enamorada, Fernando, locamente enamorada.

FERNANDO. ¿Y se puede saber de quién? (Máximo se rie tapándose la cara con la servilleta.)

ANITA. Pero Máximo ¿de qué se rie usted?

MÁXIMO. (Riendo.) Es que tiene mucha gracia.

FERNANDO. No te preocupes. Déjale. Nosotros hablaremos de nuestras cosas. Me debes una explicación.

ANITA. Pues es muy sencillo. Que me he enamorado de otro y te lo vengo á decir francamente, tranquilamente, sin escenas difíciles como habíamos convenido.

FERNANDO. (Frenético.) ¿Pero de quién diablos te has enamorado?

ANITA. No te enfades Fernando, por Dios. Bien merecido lo tengo. Hace ocho días que estoy queriendo decírtelo y no me he atrevido.

MÁXIMO. (Riendo.) ¡Ocho días! Soberbio.

FERNANDO. (Levantándose.) Exijo con toda energía...

ANITA. Máximo tenga usted la bondad de llamar para que sirvan porque tengo un hambre atroz.

FERNANDO. ¡Y serás capaz de seguir comiendo!

MÁXIMO. (Llama al timbre.) Ella cumple su promesa de romper tranquilamente y tu te excitas, pierdes el apetito y faltas á la tuya. (El camarero entra y al pasear Fernando le ve.)

FERNANDO. ¿Qué quiere usted?

CAMARERO. Han llamado.

ANITA. Siga usted sirviendo. (El camarero cambia los platos y sirve el que traía): (á Máximo.) ¿Sabe usted que la Catalani sale contratada para Italia?

MÁXIMO. Antes de terminar la temporada?

ANITA. Parece ser que han pagado por ella una indemnización á la empresa.

FERNANDO. (Al camarero.) Pero ¿y el vino? ¿Cómo no ha servido usted el vino, Pepe? ¿Está usted dormido?

CAMARERO. Señorito, creo que he servido ya... (Indicando el Burdeos.)

FERNANDO. No es este. Ese ya le veo. Hablo del Champagne que le quiero beber desde que me siento á la mesa. ¿No lo sabe usted todavía? (El camarero asustado descorcha una botella y sirve, saliendo enseguida.)

MÁXIMO. (Yendo a Fernando.) No te pongas de ese modo, hombre. Tómalo tranquilamente como ella.

FERNANDO. (Le aparta y se dirige á Anita.) Por última vez, ¿quiéres concluír?

ANITA. ¡Oh! qué hombres. No se os debiera creer nada, pero nada, nada y nada. Cuando pienso lo acordes que estábamos al tener la famosa conversación... todo concluirá en santa paz.

FERNANDO. (Colérico.) ¿Lo dices ó no?

ANITA. (A Máximo.) Esta es su paz.

FERNANDO. (Dominándose.) ¿Pero no crees que tengo interés por saber quien es mi sucesor?

ANITA. (Bebiendo Champagne lentamente.) ¡Vaya un Champagne!

FERNANDO. ¿Acabas de beber?

ANITA. ¿No puedes esperar á que lo saboree?

FERNANDO. Otras veces lo bebes de un solo trago.

ANITA. Piensa que tengo que despedirme de este néctar, quien sabe por cuanto tiempo.

FERNANDO. Pero, ¿qué historias te traes esta noche?

ANITA. Ya no beberé Burdeos, ni comeré ostras, ni probaré el Champagne frapè, que es mi delirio. (El Camarero la presenta otro plato.) Ni comeré filetes con trufas, todo esto se acaba para mí en el día de hoy.

MÁXIMO. ¡Qué estómago más sentimental tiene usted esta noche, Anita! ¿Permite usted que la sirva?

ANITA. Sí, gracias. (La sirve.)

FERNANDO. (Se sienta y enciende un cigarrillo.) Paciencia.

MÁXIMO. ¿Ya no comes?

FERNANDO. Por ahora, no. (Sale el Camarero.) (A Anita.) ¿Me dices su nombre?

ANITA. ¿Qué puede importarte su nombre?

FERNANDO. Deseo saber qué clase de hombre es, cómo le has conocido, qué aspecto tiene.

ANITA. Guapo, guapísimo, extraordinariamente guapo. Esto es todo.

FERNANDO. ¿Y sólo por guapo te has enamorado?

ANITA. Sólo por eso, ya ves, con él no habrá ostras...

MÁXIMO. Ya lo ha dicho usted, ni Burdeos, ni Champagne, continúe.

ANITA. Ni Burdeos, ni Champagne, pero aun así, le quiero.

FERNANDO. Tendrá otras cualidades que compensen la falta de dinero para convidarte.

MÁXIMO. Dice muy bien Fernando, porque al fin y al cabo el ser guapo no es una renta, y algo tendrá.

ANITA. Absolutamente nada, pero no me importa porque le quiero; renuncio á todo por él. Esto es nuevo en mí, siento algo que nunca he sentido hasta ahora.

MÁXIMO. La pronostico que va usted á echar mucho de menos estas cenas.

FERNANDO. Pero ¿es empleado, menestral, pordiosero, que es? (Se levanta Anita enfadada.) Te advierto que no permito que se le ofenda.

MÁXIMO. Pues diga usted de una vez qué és.

ANITA. (Con énfasis y después de beber Champagne.) Artista.

FERNANDO. ¿Qué clase de artista? ¿Equilibrista? ¿Ecuyer? ¿Te habrás enamorado de un titiritero?

ANITA. (Secamente.) ¿Has acabado ya de insultarle? (Pausa.) Es un colega mío.

FERNÁNDO. ¡Ah! ¿Se trata de un antiguo compañero? ¿De un individuo con quien trabajas á diario y con el que sin duda me engañas hace tiempo?

ANITA. (Con brusquedad.) Entonces no te hnbiera dicho nada. Soy mujer de palabra, mañana te habría engañado, hoy te digo que todavía no. Me he fiado en tí, por eso confieso hoy antes que sea demasiado tarde. (Se sienta.)

FERNANDO. Según veo estás enamorada desde hace tiempo, así es que si no de obra con el pensamiento me has engañado.

ANITA. Esta cláusula no está en nuestro contrato. (Bebe Champagne.)

MÁXIMO. Muy bien dicho y á tiempo.

FERNANDO. (Levantándose colérico.) Eres una...

MAXIMO. Pero Fernando...

FERNANDO. (Paseándose agitado.) ¿Le conozco yo?

ANITA. No te habrás fijado en él, baila en el coro, pero te prometo que á mi lado hará carrera.

FERNANDO. ¿Desde cuando te gusta?

ANITA. Desde esta noche.

FERNANDO. Mentira.

ANITA. (Encolerizada y dejando de golpe la servilleta en la mesa). Verdad. Hoy he comprendido que ese hombre es mi sino.

FERNANDO. (Furioso.) ¡Su sino! ¿Oyes Máximo? ¡No dice que ese hombre es su sino!

MÁXIMO. (Comiendo.) ¡Quién sabe!

ANITA. Si es que un hombre puede ser el sino de una mujer.

FERNANDO. Lo quiero saber todo, absolutamente todo, tengo el derecho de saberlo. En este momento eres mía aún, debo saber desde cuando estás enamorada, cuando se ha atrevido, su nombre en fin, todo.

MÁXIMO. (Conciliador y comiendo.) Dígaselo usted.

ANITA. Esto es lo que proporciona la franqueza. Debiera haber hecho lo que la Catalani con su Barón, que todavía no sabe nada y hace tres meses que tiene relaciones con un Oficial de Húsares.

FERNANDO. Llegará un día en que lo sepa y para él será como si hubiera acabado de suceder.

MÁXIMO. Para saber estas cosas siempre es pronto.

ANITA. (A Máximo.) Es posible. (A Fernando.) Pero tú no habrías adivinado nunca nada, te encontrarías en el caso del Barón, porque soy lo suficientemente lista para ocultártelo, y tú lo suficientemente tonto para advertirlo. (Da su copa á Máximo, quien la sirve Champagne, y lo bebe pausadamente.)

FERNANDO. ¿Más Champagne? ¿No vas á acabar?

ANITA. No, necesito alegrarme. Como es la última vez...

MÁXIMO. No lo creo.

ANITA. (Enterneciéndose por grados.) La última. Y no lo probaré porque Carlos es pobre, porque le quiero con toda mi alma, porque es alegre, porque no bebe, porque no tiene para pagarlo y porque es un hombre que me ha cambiado.

FERNANDO. (Sentimental.) No has tenido palabra. Tú hace tiempo que estás enamorada de él, si no ¿cómo ha brotado y prosperado tanto tu cariño? Es una mentira estúpida eso de haberte enamorado de él esta noche.

ANITA. (Bebiendo siempre.) Te equivocas.

MÁXIMO. Yo creo que para terminar debe usted contarnos toda la historia. (Entra el camarero y sirve otro plato.) O todo ó nada. Ha empezado usted sus confidencias y debe terminarlas. Si quieren ustedes separarse tranquilamente hágale á Fernando este último favor.

FERNANDO. También yo te contaré algo.

ANITA. Pues verás.

FERNANDO. (Se sienta á su lado.) Cuenta, cuenta.

ANITA. Hace unos quince días, poco más ó menos, ese muchacho me dió á la salida del ensayo un ramo de flores. ¡Lo que yo me reí no os lo podéis figurar! ¡Si viérais con qué timidez, con qué encogimiento...!

FERNANDO. ¿Por qué no me digiste que te habían dado un ramo?

ANITA. Si te fuera á contar todos los que recibo, no acabaría nunca.

FERNANDO. Sigue.

ANITA. (Deja de comer, pero sigue bebiendo.) Desde aquel día advertí que en los ensayos hacía verdaderos primores de trenzado para que yo le notara; al principio, la verdad, no me hizo gracia su atrevimiento, mas después llegó á interesarme.

MÁXIMO. ¡Delicioso! ¡Es una pastoral!

ANITA. (Transportada.) Por fin me habló, me habló, y desde aquel momento le pertenezco.

FERNANDO. ¿Que te dijo?

ANITA. Todo lo posible y lo imposible. Me habló como nadie de los que á diario me rodeáis. Me contó su vida desde su infancia. ¡Si vieras qué desgraciado ha sido! Entró en la escuela y por envidias le echaron; sus padres perdieron lo poco que tenían, y por recomendaciones entró en la academia de baile, y desde que aprendió á dar los primeros pasos, desde que supo hacer las primeras figuras, comprendió que tenía madera de artista.

MÁXIMO. (Comiendo) Lo que cuenta usted, Anita, es extraordinario, verdaderamente extraordinario.

ANITA. (Alegre.) ¿Verdad? Y luego, hablando hablando ha resultado que cuando los dos éramos niños vivimos en el mismo pueblo, en la misma calle y con dos casas por medio. Hemos sido vecinos.

MÁXIMO. ¡Divino! Fernando, ¿oyes? Cuando niños han sido vecinos. Es verdaderamente conmovedor. Se ve la mano de la Providencia: de niños vecinos, y ahora de mayores... conmovedor en alto grado. (Bebe champagne.)

FERNANDO. Continúa.

ANITA. (Con la lengua algo trabada, separa la silla de la mesa y adopta una postura excesivamente cómoda.) ¿Pero qué más quieres que te diga? Que conozco que es mi sino y no puedo revelarme contra mi sino, porque contra el sino de la persona no se puede luchar.

FERNANDO. Quiero saber lo que ha sucedido esta noche.

ANITA. (Progresivamente mareada.) ¡Qué pesadez! Pareces

un Juez de instrucción. Quiero saber, quiero saber. ¿Qué te falta?

MÁXIMO. (Se la ha subido el Champagne. Déjala.)

FERNANDO. Quita el vaso de su alcance. (Se levanta frenético.) Anita, Anita, despierta. (Sacudiéndola.) Dime lo que ha sucedido esta noche, ¿me oyes?

ANITA. (Abre los ojos asustada, le mira, se sonríe, y con voz pastosa). Pues esta noche me ha dicho que me quiere mucho, que me quiere mucho, mucho, mucho.

FERNANDO. (Sacudiéndola). ¿Y tú que le has dicho?

ANITA. (Como antes). Yo le he dicho que también le quería, y para no engañarle á él, es por lo que esta noche, sintiéndolo mucho, te digo á tí adiós.

FERNANDO. ¿Por no engañarle á él? ¿Luego, no por mí, sino por él?

ANITA. Claro, desde hoy no te quiero á tí, no te quiero ni esto (Con los dedos).

FERNANDO. (Dejándola y paseando agitado). Afortunadamente no me importa tu decisión.

ANITA. ¿No? Pues lo disimulas mucho.

FERNANDO. (Colocándose ante ella y hablando en voz alta). Yo también tengo el gusto de participarte que no echaré de menos tus amabilidades y favores.

ANITA. (Haciendo por comprender). ¿Cómo así?

FERNANDO. Desde hace tiempo, mucho tiempo, amo á otra.

ANITA. (Le mira fijamente con ojos muy abiertos y se echa á reir.) Tiene gracia, muchísima gracia. ¿Verdad, Máximo?

MÁXIMO. Ya se lo dije á usted al principio.

FERNANDO. Desde hace mucho tiempo, y si no lo crees pregúntaselo á Máximo, que lo sabe. Antes de venir tú se lo he contado.

ANITA. ¿Es de veras?

FERNANDO. Sí, ya no te quiero, y la dueña de mi amor vale más que tú por todos conceptos y es más hermosa.

ANITA. ¿Pero es cierto?

FERNANDO. Es una muchacha que no cambiaría por mil como tú. ¿Me entiendes?

ANITA. (Riéndose.) Muy gracioso.

FERNANDO. (Muy excitado.) No, no te rías, si no lo crees pregúntaselo á Máximo, él lo sabe.

ANITA. Es demasiado sencilla tu mentira para que la crea.

FERNANDO. (Acercándose.) Pues es verdad, te juro que es verdad. Hace tiempo que me eres indiferente, cuando estaba á tu lado, mi pensamiento no estaba contigo, y al recibir tus caricias pensaba en la otra, en la otra, en la otra. (Se aleja.)

ANITA. (Le mira, baja la vista y bebe agua.) Pues, estamos pagados.

FERNANDO. Eso creo.

ANITA. (Pensativa.) En paz, más vale así.

FERNANDO. Por más que no, pues mi caso no es como el tuyo, mi historia es menos inocente.

ANITA. (Mirándole altanera.) ¡Cómo!

FERNANDO. Mi historia no es una pastoral, no es un idilio.

ANITA. (Esforzándose por comprender.) ¿Qué dices? ¿En qué consiste la diferencia?

FERNANDO. (Se acerca despacio y palabra por palabra, la dice.) En que yo te he engañado.

ANITA. (Se levanta de un salto.) Que me has...

FERNANDO. Engañado, día por día, noche por noche, como te mereces. Venía de su lado cuando acudía á tus citas, y á su lado volvía cuando me separaba de tí.

ANITA. Infame, eso es, infame.

MÁXIMO. ¡Lo que pueden los celos!

(Anita se dirige al perchero, descuelga, ayudada por Máximo su abrigo, se lo pone, rodea el cuello con el boa y con mano nerviosa se pone ladeado el sombrero.)

FERNANDO. Con mujeres como tú toda precaución es poca, se debe uno apresurar porque sino hay la seguridad de ser adelantado. Por fortuna no tengo ilusiones que perder.

ANITA. (Febrilmente.) Ya se ve, ya.

FERNANDO. ¿Si no qué iba á ser de mí?

ANITA. ¡Qué cierto es que los hombres guardáis menos consideraciones que las pobres mujeres!

FERNANDO. Tan poca consideración como te mereces.

ANITA. (Airada se pone los guantes y de pronto con paso menudito avanza hasta Fernando.) Consideración ninguna, has sido brutal. ¡Y en mi misma cara! ¿Te he dicho á tí otro tanto aunque lo haya hecho? ¿Ves como valgo más que tú? (Se dirige á la puerta.)

FERNANDO. (La sigue.) ¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

MÁXIMO. (Deteniéndole.) Déjala, supongo que no tratarás de prolongar esta escena.

FERNANDO. ¿Qué significa esto?

ANITA. (En la puerta.) Nunca, nunca te lo hubiera dicho á menos que lo hubieras adivinado. Tan poca consideraciún no la tiene más que un hombre. (El camarero entra con un plato de crema helada y tropieza á Anita.) ¡Oh!

FERNANDO. Vete al diablo con la crema.

ANITA. ¡Ah! Crema. ¿Esa la vainilla?

CAMARERO. Sí señora.

FERNANDO. ¿Serías capaz?

MÁXIMO. Pero déjala, si es la última vez.

ANITA. (Coje la cuchara que viene en el plato y de pie como está prueba una cucharada.) Está exquisita. ¡Qué lástima que no tenga gana! Esta escena me ha quitado el apetito. (Al camarero.) ¿Le gusta á usted?

CAMARERO. (Con sonrisa amable). Si, señora.

ANITA. (Dándole cucharadas). Pues cómasela en mi nombre. (Sale el camarero limpiándose). Y ahora me despido de ustedes. De tí, Fernando, con alegría, pues veo que no padecerás; de usted, Máximo, con sentimiento, porque es un buen amigo; casi con el mismo sentimiento que de estas cenas. Adiós. (Se vuelve á oir el vals y en el mismo momento queda Anita como magnetizada.) ¡Ah! El vals de los amores, á cuyos acordes oí su declaración, me parece que me la repite, me parece escucharla aún desprendiéndose poco á poco de sus notas y cayendo como bálsamo delicioso sobre mi corazón dolorido. ¡Oh hermoso vals! ¡Cuánta dicha te debo! Vienes á borrar el recuerdo de

esta penosa escena. Gracias, gracias. (Al ir á salir entra el camarero con una caja de cigarros.)

CAMARERO. Dipense usted.

ANITA. ¡Ah!, cigarros. Aguilas imperiales. (Coge un mazo y se lo guarda.)

FERNANDO. ¿Desde cuándo fumas?

ANITA. (En la puerta riéndose.) No son para mí, son para Carlos. (Sale.)

FERNANDO. (Va á la puerta y se detiene, viéndola marchar.) ¡Se va!

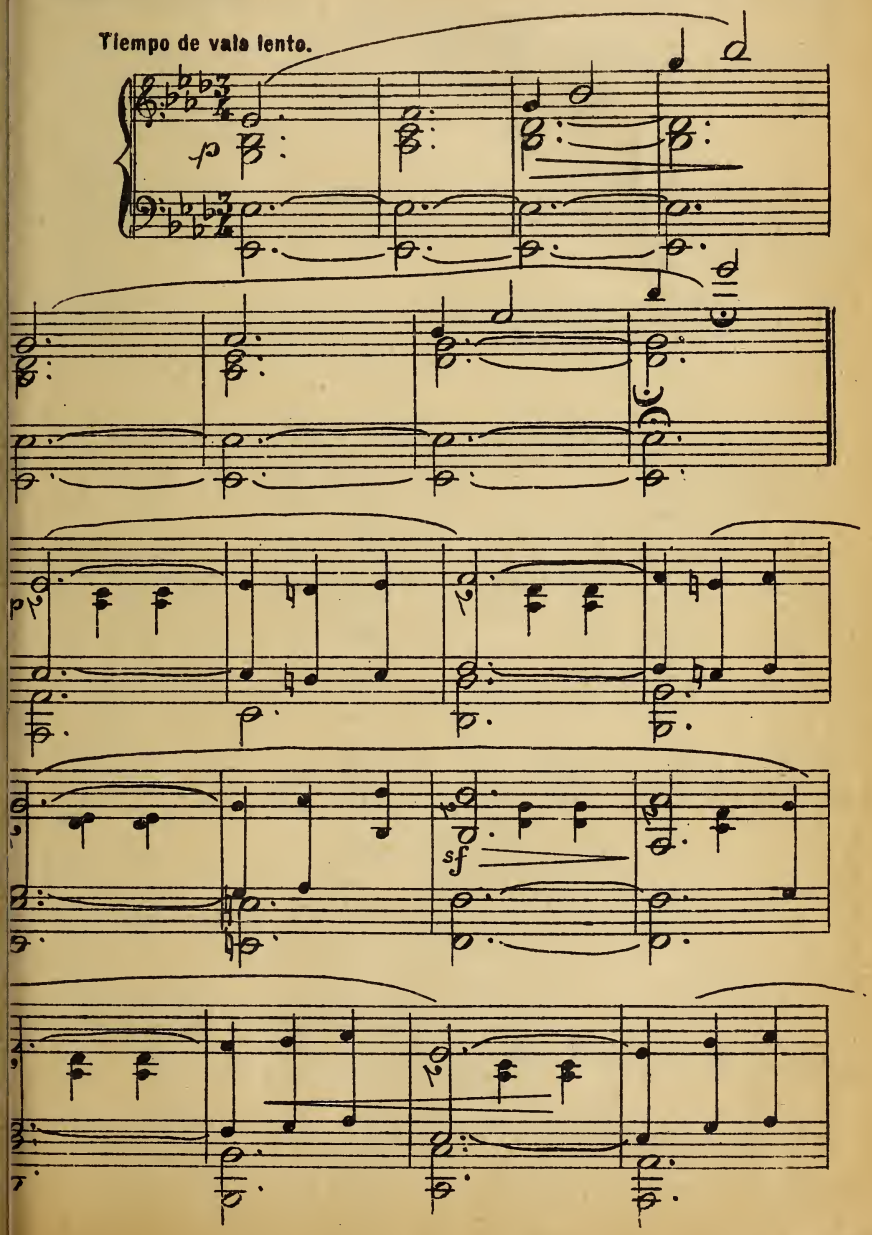
MÁXIMO. (Encendiendo un cigarro.) ¿Lo ves? Os habéis separado sin escenas difíciles, sin mentiras, sobre todo sin mentiras. Las aborrecéis los dos, según se ve. (Fernando sigue apoyado en la puerta y sin oir.) Lo curioso es que aún la quiere. (Siguen oyéndose los últimos compases del vals hasta que baja completamente el telón.)

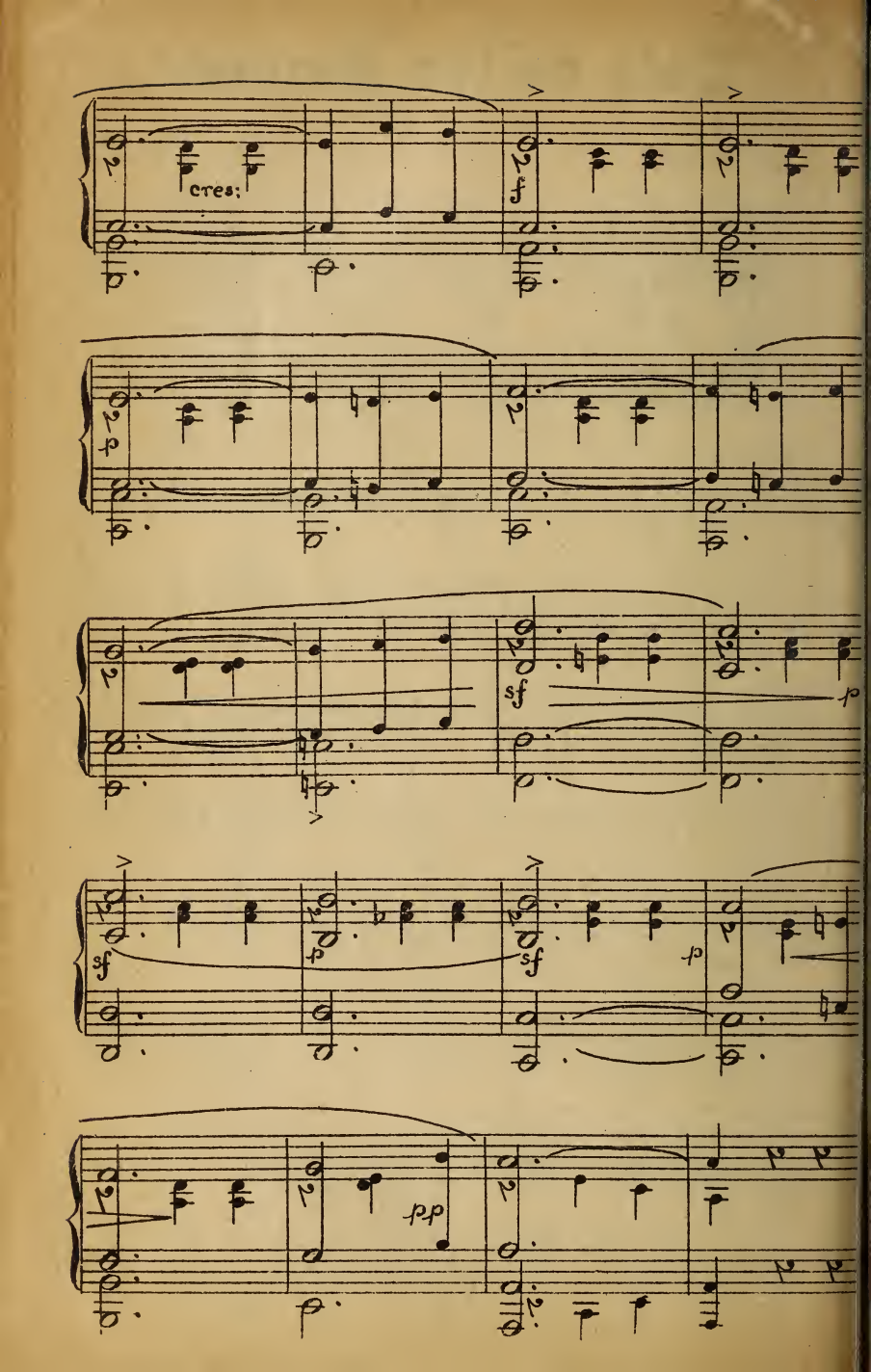
TELON

Vals de los Amores

. CARBONELL

PIANO




cres:
f
p
sf
p
sf
p
sf
p
pp

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Un Aviso, boceto de comedia en un acto y en prosa.

El 30 de Infantería, juguete cómico en tres actos (1).

La cena de despedida, comedia en un acto y en prosa.

(1) En colaboración con Joaquín Abati.